

que le faltaba, y no dirémos que dejó lo mas por lo menos; no hiciera novedad en el cielo que este divino pastor Jesús dejara en él á todo el resto de los Santos para descender á estar en compañía de aquella candidísima oveja, que le vistió de su misma naturaleza, le crió, y alimentó con ella. Sin duda que los ojos de esta amada Esposa y Madre le obligaran á volar de las alturas <sup>1</sup> y venir á la tierra á donde antes habia venido para remedio de los hijos de Adán, menos obligado, ó para decirlo mejor, desobligado de sus pecados, y á padecer por ellos. Y si descendiera á vivir con su amantísima Madre, no fuera para padecer y morir; mas para recibir el gozo de tenerla consigo. Pero no fue necesario para esto desamparar el cielo; pues bajando sacramentado satisfacía á su amor y al de la felicísima Madre, en cuyo corazon como en su lecho descansaba este verdadero Salomón <sup>2</sup>, sin dejar la diestra de su eterno Padre.

124. El modo con que obraba el Altísimo este milagro era así: En recibiendo María santísima las especies sacramentales se retiraban del lugar comun del estómago, donde se cuece y actúa el natural alimento, para que con el poco que alguna vez comia la gran Señora, no se confundiesen ni mezclasen, ni se gastasen con él. Retirado el santísimo Sacramento del lugar del estómago, se ponía en el mismo corazon de María como en retorno de la sangre que dió en la encarnacion del Verbo, para que de ella se formase aquella humanidad santísima con quien se unió hipostáticamente, como declaré en la segunda parte <sup>3</sup>. La comunión de la Eucaristía sagrada se llama extension de la encarnacion, y así era justo participase esta extension con otro nuevo y particular modo la feliz Madre que tambien con modo milagroso y singular concurrió á la misma encarnacion del Verbo eterno.

125. El calor del corazon en los vivientes perfectos es muy grande, y en el hombre no será menor por su mayor excelencia y nobleza en el ser y en las operaciones y larga vida; y la providencia de la naturaleza le encamina algun aire ó ventilacion con que se refrigere, y temple aquel ardor innato que es la raíz del que tiene todo animal. Y con ser esto así, y que en la generosa complexión de nuestra Reina el calor de su corazon era intenso y le aumentaban los afectos y operaciones de su inflamado amor, con todo esto no se alteraban ni consumian las especies sacramentales pegadas á su corazon. Y aunque para conservarlas era menester multiplicar milagros, no se han de escasear en esta única criatura, que toda era un pro-

<sup>1</sup> Cant. vi, 4. — <sup>2</sup> Ibid. iii, 7. — <sup>3</sup> Part. II, n. 137.

digio de milagros que en ella estaban epilogados. Este favor comenzó de la primera comunión que recibió en la cena (como en su lugar se ha dicho <sup>1</sup>), y para continuarle se conservaron aquellas primeras especies hasta la segunda comunión que recibió de mano de san Pedro el dia octavo de Pentecostes <sup>2</sup>. Y entonces sucedió que en recibiendo de nuevo las especies, al tiempo de pasarlas se consumieron las antiguas que tenia en el corazon, y en su lugar entraron en él las nuevas especies que recibió. Con este orden milagroso, desde aquel dia hasta la última hora de su vida santísima fueron sucediendo unas especies sacramentales á otras en su pecho, sin que jamás faltase de él su Hijo y Dios verdadero sacramentado.

126. Con este beneficio y el que arriba dije <sup>3</sup>, de la vision continua y abstractiva de la Divinidad, quedó María santísima tan divinizada, y sus operaciones y potencias tan elevadas sobre todo humano pensamiento, que será imposible comprenderlo en esta vida mortal, ni tener de ella el concepto proporcionado que hacemos de otras cosas, ni yo hallo términos para declarar lo poco que se me ha manifestado. En el uso de los sentidos corporales, despues que descendió del cielo, quedó toda renovada y mudada para el ejercicio que en ellos tenia; porque por una parte estaba ausente de su Hijo santísimo, en quien los empleaba dignamente cuando se comunicaba con ellos, y por otra le sentia y entendia como le tenia en su pecho, á donde le tiraba y recogia toda la atencion. Desde aquel dia que descendió del cielo hizo nuevo pacto con sus ojos, y tuvo nuevo imperio y dominio para no admitir las especies ordinarias que entran por ellos, de las cosas terrenas y visibles, mas de en lo que fuese preciso para gobernar los hijos de la Iglesia, y para entender en esto lo que debia obrar y disponer. No se valia de estas especies, ni era necesario usar de ellas para discurrir y convertirse á la oficina interior, donde se depositan en los demás para servir á la memoria y al entendimiento; porque todo esto lo hacia con otras especies infusas y con la ciencia que se le comunicaba con la vision abstractiva de la Divinidad, al modo que los bienaventurados en Dios conocen y miran lo que aquel espejo voluntario quiere manifestarles en sí mismo, ó por otra vision, ó ciencia de las criaturas en sí mismas. Á este modo entendia nuestra Reina todo lo que habia de obrar de la voluntad divina en cualquiera de sus obras, y no usaba de la vista para saber y aprender algo de esto, aunque miraba por dónde andaba y con quién trataba con una sencilla vista.

<sup>1</sup> Part. II, n. 1297. — <sup>2</sup> Supr. n. 112. — <sup>3</sup> Ibid. n. 23.



127. Del sentido del oído usaba algo más, porque era necesario para oír á los fieles y Apóstoles todo lo que la contaban del estado de las almas, de la Iglesia, de sus necesidades y consuelo; á que era necesario responder, darles doctrina y consejo. Pero con tal dominio lo gobernaba, que por este sentido no entraban especies de sonido, ni voz que disonase algo de la santidad y perfección altísima de su dignidad, ó que no fuesen menester para el uso de la caridad de los prójimos. Del olfato no usaba para percibir olor terreno, ni de los comunes objetos de este sentido; pero sentía otro más celestial por intervencion de los Ángeles, que se le administraban con grandes motivos de alabar al Criador. En el sentido del gusto tuvo también gran mudanza; porque conoció que después que estuvo en el cielo podía vivir sin alimento; aunque no se le mandó no lo recibiese, dejándolo esto en su voluntad: y así comía pocas veces y muy poco, y esto era cuando san Pedro ó san Juan se lo pedían, ó para no causar admiración con no verla comer; de suerte, que venía á hacerlo por obediencia ó humildad, y entonces no percibía el gusto ó sabor común del alimento, ni por este sentido los distinguía más que si comiera un cuerpo aparente ó glorioso. El tacto era también á este modo, porque distinguía por él muy poco lo que tocaba, ni tenía en esto sensible delectación; pero sentía el tacto de las especies sacramentales en el corazón, con admirable suavidad y júbilo, y á esto atendía de ordinario.

128. Todos estos favores en el uso de los sentidos se le concedieron á petición suya; porque los consagró todos y todas sus potencias de nuevo para mayor gloria del Altísimo, y para obrar con toda plenitud de virtud, santidad y perfección eminentísima. Y aunque por toda la vida, desde su inmaculada Concepción, había cumplido con la deuda de fiel sierva<sup>1</sup> y prudente dispensadora de la plenitud de su gracia y dones (como en todo el discurso de esta Historia se ha dicho), pero después que ascendió á los cielos con su Hijo, fue mejorada en todos, y la concedió su omnipotencia nuevo modo de obrar; que si bien era de viadora, porque aun no gozaba de la visión beatífica como comprensora; mas sus operaciones en los sentidos tenían una participación y similitud con la de los Santos glorificados en cuerpo y alma, mayor que con las de los otros viadores. No se puede explicar con otro ejemplo el estado tan feliz, tan singular y divino en que quedó nuestra gran Reina y Señora cuando volvió á gobernar la santa Iglesia.

<sup>1</sup> Matth. xxv, 20.

129. Á este modo de obrar con las potencias sensitivas correspondía la sabiduría y ciencia interior; porque conocía la voluntad y decretos del Altísimo en todo lo que debía y quería obrar; en qué tiempo, con qué modo, con qué orden y sazón se había de hacer cada obra; con qué palabras y circunstancias: de modo que en esto no le excedían los mismos Ángeles que nos asisten, sin perder de vista al Señor. Antes obraba su gran Reina las virtudes con tan alta sabiduría, que les era admiración; porque conocían que ninguna otra pura criatura podía excederla ni llegar á aquel colmo de santidad y perfección con que obraba esta divina Señora. Una de las cosas que para ella fue de sumo gozo era la adoración y reverencia que daban los espíritus soberanos á su Hijo sacramentado en su pecho. Esto mismo hicieron los Santos en el cielo cuando subió en compañía de su Hijo santísimo, llevándole juntamente encerrado en su corazón en las especies sacramentales; que para todos los bienaventurados era vista de nuevo gozo y alegría. Y el que recibía la gran Señora con la reverencia que daban los Ángeles al santísimo Sacramento en su pecho, resultaba de la ciencia que tenía para conocer la grosería y bajeza de los mortales en venerar el sagrado y consagrado cuerpo del Señor. En recompensa de esta falta que todos habíamos de cometer, ofrecía á su Majestad el culto y reverencia que le daban los príncipes celestiales, que más dignamente conocían este misterio, y le veneraban sin engaño ni descuido.

130. Algunas veces se le manifestaba el cuerpo de su Hijo santísimo glorioso dentro de sí misma; otras veces con la natural hermosura de su humanidad santísima; otras veces y casi continuamente conocía todos los milagros que contiene el augustísimo sacramento de la Eucaristía. De todas estas maravillas, y otras muchas que no podemos entender en esta vida corruptible, gozaba María santísima; unas veces manifestándosele en sí mismas, otras en la visión abstractiva de la Divinidad; y como se la dieron especies de la Divinidad, se las dieron también de todas las cosas que había de obrar para consigo misma y con la Iglesia. Y lo que más era estimable para ella, fue conocer el gozo y beneplácito de su Hijo santísimo en asistir sacramentado en su candidísimo corazón, que sin duda (por lo que se me ha dado á entender) era mayor que de estar en la compañía de los Santos. ¡Oh singular, única y prodigiosa obra del poder infinito! Tú sola fuiste cielo más agradable para tu Criador, que lo pudo ser el supremo inanimado que hizo



para su habitacion <sup>1</sup>. El que no cabe en aquellos espacios sin medida <sup>2</sup>, se midió y encerró en tí sola, y halló asiento y trono conveniente, no solo en tu virginal vientre, sino en el espacio inmenso de tu capacidad y amor. Tú sola nunca estuviste sin ser cielo, ni Dios estuvo sin tí despues que te dió ser, y con plenitud de complacencia descansará en tí por todos los siglos de su eternidad interminable. Todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan <sup>3</sup>, todas las criaturas te magnifiquen; y en tí alaben y conozcan á su verdadero Dios y Redentor, que por tí sola nos visitó y reparó de nuestra infeliz caida <sup>4</sup>.

131. ¿Quién de los mortales ni de los mismos Ángeles puede manifestar el incendio de amor que ardia en el purísimo corazon de esta gran Reina llena de sabiduria? ¿Quién podrá comprehender cuánto fue el ímpetu del rio de la divinidad que inundó y absorbió esta ciudad de Dios <sup>5</sup>? ¿Qué afectos, qué movimientos, qué actos hacia de todas las virtudes y dones que recibió sin medida y tasa, obrando siempre con toda la fuerza de estas gracias sin igual? ¿Qué oraciones, qué peticiones hacia por la santa Iglesia? ¿Qué caridad fue la suya con nosotros? ¿Qué bienes nos alcanzó y granjeó? Solo el Autor de esta prodigiosa maravilla la conoce. Pero levantemos nosotros la esperanza, encendamos nuestra fe, avivemos el amor con esta piadosa Madre, solicitemos su intercesion y amparo, que nada le negará para nosotros el que siendo Hijo suyo y hermano nuestro hizo con ella tales demostraciones de amor, como he dicho, y mas que diré adelante.

*Doctrina que me dió la gran reina de los Ángeles Maria santísima.*

132. Hija mia, de todo lo que hasta ahora te he manifestado de mi vida y de mis obras estás bien informada, como en pura criatura; fuera de mí, no hay otro dechado ni original de donde puedas copiar la mayor santidad y perfeccion que deseas. Mas ahora has llegado á declarar el supremo estado de las virtudes que yo tuve en la vida mortal. Con este beneficio te dejo mas obligada, para que renueves tus deseos, y pongas toda la atencion de tus potencias en la perfecta imitacion de lo que te enseñó. Tiempo es ya, carisima, y razon que te entregues toda á mi voluntad en lo que de tí quiero. Y para que mas te animes á conseguir este bien, te quie-

<sup>1</sup> Psalm. cxiii, 16. — <sup>2</sup> III Reg. viii, 27. — <sup>3</sup> Luc. i, 48.

<sup>4</sup> Ibid. 68. — <sup>5</sup> Psalm. xlv, 3.

ro advertir que cuando mi Hijo santísimo sacramentado entra en aquellos que le reciben con veneracion y fervor, habiéndose preparado con todas sus fuerzas para recibirle con limpieza de corazon y sin tibieza; en estas almas, aunque se consuman las especies sacramentales (\*), queda su Majestad por otro especial modo de gracia, con que las asiste, enriquece y gobierna, en retorno del buen hospedaje que le hicieron. Pocas son las almas que alcanzan este favor; porque son muchas las que le ignoran, y llegan al Santísimo sin esta disposicion, como acaso, por costumbre, y sin prevenirse con la veneracion y temor santo que debian. Pero estando tú avisada de este secreto, quiero que todos los dias (pues todos le recibes por obediencia de tus preladados) vayas preparada dignamente, para que no se te niegue este gran beneficio.

133. Para esto te has de valer de la atencion y memoria de lo que has conocido que yo hacia; por donde has de regular tus deseos, fervor, devocion, amor, y todas las acciones con que debes preparar tu pecho, como templo y morada de tu Esposo y sumo Rey. Trabaja, pues, en recoger todas tus fuerzas al interior, y antes y despues de recibirle atiende á la fidelidad de esposa que le debes guardar, y en particular has de poner candados á tus ojos, y cerradura de circunstancia <sup>1</sup> á todos tus sentidos, para que en el templo del Señor no entre otra imágen profana ni peregrina. Guárdate toda pura y limpia de corazon; porque en el que está impuro y ocupado no puede entrar la plenitud de la divina luz y sabiduria <sup>2</sup>. Y todo lo conocerás á la vista de la que Dios te ha dado, si atiendes á ella sola con toda rectitud de tu intencion. Y supuesto no puedes excusar en todo el trato de las criaturas, conviénete que tengas gran imperio sobre tus sentidos, y que por ellos no admitas especies de cosa alguna sensible que no te pueda ayudar para obrar lo mas santo y puro de las virtudes. Separa lo precioso de lo vil <sup>3</sup>, y la verdad del engaño. Y para que en eso me imites con perfeccion, quiero que desde ahora adviertas con la eleccion que debes obrar en todas las cosas grandes ó pequeñas, para que no las yerres, pervirtiendo el orden de la razon y de la luz divina.

134. Considera, pues, con atencion el engaño comun de los mortales, y los lamentables daños que padecen; porque en las determinaciones de la voluntad de ordinario se mueven por solo lo que perciben por los sentidos de todos sus objetos; y eligen luego lo que

(\*) Véase la nota VI. — <sup>1</sup> Psalm. cxl, 3. — <sup>2</sup> Sap. i, 4.

<sup>3</sup> Jerem. xv, 19.



han de hacer, sin otra consulta ni atención. Y como lo sensible mueve luego á las pasiones y inclinaciones animales, es forzoso que las operaciones no se hagan con sano juicio de la razón, sino con el ímpetu de las pasiones, excitadas por los sentidos y por sus objetos. Por esto se inclina luego á la venganza el que consulta la injuria solo con el dolor que causó. Por esto se determina á la injusticia el que sigue solo el apetito de la cosa ajena que miró. Á este modo obran tantos y tan infelices, cuantos son los que siguen la concupiscencia de los ojos, á los efectos de la carne y la soberbia de la vida, que son lo que les ofrecen el mundo y el demonio, porque no tienen otra cosa que darles <sup>1</sup>. Con este inadvertido engaño siguen las tenebras por luz <sup>2</sup>, lo amargo por dulce, el mortal veneno por medicina de sus pasiones, y la ciega ignorancia por sabiduría, siendo (como es) diabólica y terrena. Tú, hija mía, guárdate de este pernicioso error, y nunca te determines, ni gobiernes en cosa alguna solo por lo sensible y por sus sentidos, ni por las conveniencias que por ellos se te representan. Consulta tus acciones, lo primero con la ciencia y luz interior que Dios te ha comunicado, para que no obres á ciegas; y te la dará siempre para esto. Luego busca el consejo de tu prelado y maestro, si le puedes tener antes de elegir lo que hubieres de hacer. Y si te faltare prelado y superior, pide consejo á otro inferior, que también esto es más seguro que obrar con voluntad propia, á quien pueden turbar las pasiones y oscurecerla. Este orden has de guardar en las obras, especialmente exteriores, procediendo en ello con recato, con secreto, y conforme lo pidieren las ocasiones y caridad del prójimo que se te ofrecieren; en que es menester no perder el norte de la luz interior en el profundo golfo y navegación del trato con criaturas, donde hay siempre peligro de perecer.

### CAPÍTULO IX.

*Conoció María santísima que se levantaba Lucifer para perseguir á la Iglesia; y lo que contra este enemigo hizo, amparando y defendiendo á los fieles.*

Vigilancia con que la Madre de Dios, de la eminencia de la perfección en que estaba, cuidaba de la pequeña grey de la Iglesia.—Oración que hizo María á su Hijo por la felicidad y propagación de su Iglesia.—Respuesta del Señor, informándola de los trabajos que convenia padeciese su Iglesia en su imi-

<sup>1</sup> I Joan. II, 16. — <sup>2</sup> Joan. III, 19.

tación.—Salida de Lucifer con sus demonios de el infierno donde habian estado oprimidos desde el triunfo de Cristo.—Disposición en que salieron.—Furor rabioso de Lucifer conociendo la perfección y aumentos de la Iglesia.—No podía llegarse á la congregación de los fieles, y por qué.—Diligencias que hacia para reconocer si podía embestir alguna oveja del rebaño de Cristo.—Dolor de María viendo la indignación astuta de los demonios y conociendo la flaqueza de los hombres.—Objurgación que hizo á Lucifer para enfrenar su soberbia.—Oración que hizo al Padre eterno por el quebranto del demonio y indemnidad de las almas redimidas.—Por ella no se atrevió entonces Lucifer á llegar á ninguno de los fieles.—Sugestiones con que movió á los escribas, fariseos y demás judíos perversos á que persiguiesen la Iglesia.—Por ella hicieron tantas juntas contra los Apóstoles.—Primera junta en ocasión de la cura del cojo que estaba en el templo.—Razon de no atreverse á castigar entonces á los Apóstoles.—Valerosa respuesta de san Pedro.—Dieron cuenta á la Virgen, y estando en oración bajó otra vez sobre Pedro y Juan el Espíritu Santo.—Milagroso castigo de Ananías y su mujer.—Prisión de los Apóstoles.—Como quitó María el impedimento que solicitaban los demonios se pusiese á la predicación y conversión de las almas.—Palabras de objurgación y imperio, con que arrojó María á los demonios al profundo.—Ordenó el Señor para mayor terror de los demonios, que todos le viesen sacramentado en el pecho de su Madre.—Rabioso despecho de los demonios con esta ruina.—Plática de Lucifer á los demonios con el terror que le causaba la Madre de Dios.—Determinó derribar alguno de los fieles.—Volvieron á tentar á los fieles, sin poder hallar entrada en alguno.—Hallaron en Ananías y su mujer inclinación al dinero, y por aquí los derribaron.—Tuvo san Pedro revelación de su pecado, y los castigó.—Conoció María las trazas del demonio, y como Ananías y Safira admitían sus sugestiones.—Clamores que dió á su Hijo con el dolor del pecado, y el mal ejemplo para otros.—Respuesta de Cristo consolándola con el fruto que sacaría del ejemplar castigo.—Oró María por los demás fieles para que no fuesen engañados.—Detenia á los demonios para que no irritasen á los judíos contra los Apóstoles.—Invocaron los Apóstoles estando presos el favor divino y el de María.—Oración que hizo la Madre de Dios por su libertad.—Concedela el Señor su petición.—Envió uno de los Ángeles de su guarda que los sacase libres de la cárcel.—Viéronle los Apóstoles lleno de resplandor, y les declaró como iba por orden de María.—Envió otros Ángeles que apartasen á los demonios de los magistrados y sacerdotes.—De las inspiraciones de estos Ángeles resultó el consejo de Gamaliel, y que los jueces lo admitiesen.—Despidieron los jueces á los Apóstoles con algun castigo, después de haberlos preso otra vez.—Palabras de aliento y consuelo que dijo la Madre de Dios á los Apóstoles, dándola cuenta de estos sucesos.—Solicitud con que María cuidaba de la salud eterna de todos los creyentes.—Los mismos beneficios les hace ahora desde el cielo.—Causa de no experimentarlo todos.—Todos los que se condenan después de la muerte de Cristo y beneficios de la intercesión de su Madre, tienen mayores tormentos.—Aprecio que deben hacer los hombres de sus almas.—Lastimosa desestimación que hacen dellas.—Causa de ser hoy el demonio tan poderoso contra los hombres.—Escarmiento en Ananías y Safira para rendir las inclinaciones viciosas.—De tal suerte se han de rendir, que aun el demonio no pueda rastrear sus movimientos desordenados.